



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: Marginación urbana en México, Santiago, Montevideo, Buenos Aires y La Paz : variaciones sobre el mismo tema

Autor: Bar-Din, Anne

Forma sugerida de citar: Bar-Din, A. (1992). Marginación urbana en México, Santiago, Montevideo, Buenos Aires y La Paz: variaciones sobre el mismo tema. *Cuadernos Americanos*, 1(31), 141-158.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año VI, núm. 31, (enero-febrero de 1992).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licences/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

# MARGINACIÓN URBANA EN MÉXICO, SANTIAGO, MONTEVIDEO, BUENOS AIRES Y LA PAZ: VARIACIONES SOBRE EL MISMO TEMA

Por *Anne BAR DIN*  
CCYDEL, UNAM

## *La Paz*

AL EXAMINAR LOS PROBLEMAS de la marginación urbana y de la extrema pobreza de las ciudades latinoamericanas arriba mencionadas, resalta inmediatamente un hecho notable: el parecido de estos problemas y de su forma de manifestación en México y en La Paz. Se podrían presentar como hipótesis tres factores que influyen en ambas ciudades y que, tal vez, podrían ayudar a aclarar la situación:

1) Las dos urbes tienen una ubicación geográfica similar: ambas se encuentran en elevadas mesetas, México en el hemisferio norte y La Paz en el sur. Es importante señalar que, a pesar de los 12 000 kilómetros que separan a estas dos ciudades, sus poblaciones se podrían intercambiar sin que ello provocara mayor trauma cultural. Éste sin duda es uno de los muchos factores que dan a América Latina su asombrosa cohesión y, a la vez, su maravillosa diversidad.

2) En los dos países, México y Bolivia, viven fuertes y numerosas poblaciones indígenas, con sus culturas que no se dejaron subyugar completamente durante la conquista y tampoco después. Sus costumbres y lenguas persisten, presentes y vivas y, como no son coincidentes con la cultura de la 'mayoría', se les margina. La situación de la marginación lingüística se podría remediar más fácilmente en Bolivia que en México, pues en el país sudamericano sólo se hablan dos lenguas: en el sur de Bolivia la población indígena habla quechua y en el altiplano se habla el aymara. Ya se dijo que el empleo de esos idiomas margina a los indígenas, pero sería sencillo para el

gobierno proporcionar una enseñanza bilingüe en las escuelas. En México, la situación es más compleja, pues a lo largo del territorio se hablan no dos, sino diversas lenguas autóctonas. Por ello, la marginación de los indígenas es más difícil de superar.

3) En Bolivia y en México, el nivel educacional de la población es, en general, bajo. El acceso a la educación siempre ha sido la vía tradicional para salir de la pobreza; en ambos países este camino se encuentra bloqueado para mucha gente.

La población de ambas naciones no alcanza los niveles culturales que son más fácilmente accesibles en Argentina o en Chile, por ejemplo. En general, ni en México ni en Bolivia se conceptúa a la educación como una meta personal indispensable, postura más bien europea que sí se da en otras partes de América Latina. En Bolivia y México la aspiración a la educación formal es una posibilidad para unos cuantos, no para toda la población.

La situación de pobreza extrema y algunas de sus consecuencias han sido estudiadas y descritas por esta autora en otras obras.<sup>1</sup>

Cabe destacar que esta situación tiene ciertas variantes en La Paz, de manera que las líneas siguientes se destinarán a describir algunas de estas notas distintivas:

A diferencia de lo que sucede en México, la ciudad de La Paz no está rodeada de barrios marginales urbanos habitados por inmigrantes rurales. En la capital boliviana, la mayor parte de la población marginada vive en "El Alto", una ciudad de 500 000 habitantes, situada al lado del Aeropuerto Internacional, a una altitud de 4 200 metros sobre el nivel del mar. Allí viven casi todos los empleados domésticos de la urbe. En su mayoría, se trata de indígenas aymaras; las mujeres visten las típicas "polleras", faldas muy voluminosas que les sirven de protección contra el frío que se registra en estas alturas (en El Alto la temperatura promedio es de 5 a 8 grados centígrados durante el día, y las nevadas son frecuentes por las noches). El Alto tiene una zona comercial, a donde llegan las mercancías importadas a través del aeropuerto. En esta área no hay propiamente tiendas, sino más bien almacenes donde los comerciantes adquieren los artículos a precios de mayoreo y en grandes volúmenes para distribuirlos luego a los vendedores ambulantes o

<sup>1</sup> Anne Bar Din, *Los niños de Santa Úrsula: un estudio psicosocial de la infancia*, México, CCYDEL, en prensa; y "Los problemas de educación de las poblaciones marginadas en América Latina", en *Cuadernos Americanos*, 25 (1991), pp. 127-138.

en las pequeñas tiendas de La Paz. Las calles de este "centro comercial" tienen un aspecto de desolación, carecen de drenaje y, a pesar del frío, el olor que despiden es bastante agresivo. Por la misma altura, no hay árboles o flores; casi nada crece en El Alto. En torno al centro comercial están las viviendas de los vecinos, que son todavía más pobres y más pequeñas que las del barrio de Santa Úrsula, en México. Como protección contra el frío, las "casas" de El Alto son de adobe, y como este material es más caro que el cartón o el ladrillo, el costo reduce el tamaño de las viviendas, que en realidad son cuartos. Ya se dijo que la zona no tiene drenaje ni instalaciones sanitarias: las calles son los baños. Muchas "cholas" (mujeres vestidas con la tradicional pollera) no se bañan más de una vez al mes, o acaso con menos frecuencia, a causa del frío y de la escasez de agua; lo mismo puede decirse de los hombres y los niños. No obstante, todo El Alto está electrificado, y casi todos los cuartos tienen luz eléctrica.

En El Alto existe un oficio que no se encuentra en los barrios marginados de la ciudad de México: se trata de la profesión de brujo (*tatais*), ejercida por hombres que "leen la suerte" en hojas de coca o en naipes. Estos *tatais* hablan aymara y tienen a un traductor para facilitar la comunicación con aquellos clientes que no dominan dicha lengua. Una "lectura de la suerte" cuesta 50 centavos de dólar. Siempre se le dice al cliente que la fortuna le será más propicia si se hace una "limpia", a un costo de 10 dólares (por supuesto, el verdadero negocio es la "limpia", no la lectura de la suerte). Para hacerla, se requiere un feto de llama, pero esto no representa mayor problema: en las tres calles donde viven y trabajan los *tatais* hay siete tiendas especializadas en la venta de fetos de llamas y de otros artículos rarísimos indispensables para las "limpias". Buena parte de las familias de El Alto vive de este negocio, pues si hay personas que solicitan una "lectura de la suerte", es obvio que también están dispuestas a pasar por la necesaria "limpia". Como dato curioso, el hecho de que yo me rehusara a someterme a una "limpia" provocó cierta inquietud entre los miembros del equipo de investigación que me habían acompañado a El Alto, y quiero aclarar que estoy hablando de psicólogos y sociólogos. Ellos se quedaron preocupados de que mi obstinación fuera a hacer fracasar nuestro proyecto. Es fácil entender que muchas personas queden intimidadas o impresionadas por los resultados de la "lectura de la suerte", y que corran a hacerse una "limpia". Además, el pueblo aymara es áspero y adusto —como casi todos los pueblos de los altiplanos en

el norte y en el sur— y estas circunstancias ayudan a que los *tatais* tengan mucho poder psicológico.

En El Alto el trabajo infantil alcanza tasas muy altas, y se le considera parte del trabajo familiar. En promedio, el 60% de los miembros de la familia trabaja, aunque hay algunas con ancianos y pocos bebés, en las que labora el 100%.

En el aspecto de la educación, hay un 60% de analfabetismo (mayoritariamente femenino). El 50% de los niños se inscribe en la escuela, lo que no significa, en modo alguno, que todos asistan. De ese 50%, el 18% llega hasta el quinto de primaria; de tal 18% el 25% cursa la secundaria, mientras que, de ese 25% solamente un 0.4% tiene acceso a la educación superior, por lo común en escuelas técnicas (esta información y las estadísticas de trabajo familiar aparecen en el último informe del Ministerio de Educación, publicado en 1988. Según los profesionales de la educación y la salud, el cuadro real para 1991 registra un drástico agravamiento).

En materia de servicios de salud, un informe del Ministerio de Salud Pública reveló que en El Alto existe un médico por cada 10 000 habitantes. Actualmente hay también un hospital con 30 camas para toda la población del lugar, es decir para 500 000 personas. En el nivel individual la salud es precaria. La expectativa de vida para un hombre de El Alto es de 50 años, en tanto que para las mujeres es de 45 (datos del Informe del Ministerio de Salud Pública, 1988). Si uno vive allá comprende fácilmente por qué toda la población masca hojas de coca o toma mate de coca, una especie de infusión hecha de hojas de coca secas y "machacadas". Esta preparación tiene la propiedad de proporcionar fuerza para que el organismo humano funcione a esta altura sobre el nivel del mar, y además quita el hambre, algo muy conveniente en un sitio donde hay poco que comer. También para los investigadores fue indispensable consumir mate de coca; en mi caso, la ingestión de esta bebida ocasionó una pérdida de peso de 3 kilos en 6 días. Toda la población sabe que sin mate de coca no es posible trabajar, de modo que la sirvienta aymara nunca olvidaba servirme un "té" muy cargado antes de que saliese yo de casa: "Señora, tu mate de coca, tómatelo todo" (en aymara no existe el pronombre "usted", así que la población local aborígen se sirve del "tú" castellano).

Los bolivianos son pobres, y lo son de una manera más uniforme que los mexicanos, o que otros pueblos de América Latina, así que esta condición no es tan notoria. Hay muchas menos diferencias entre las clases sociales. Se estima que un 5% de la población pue-

de satisfacer sus necesidades básicas, y que otro 15% es capaz de satisfacerlas a medias. El 80% restante vive en el nivel de la pobreza, y de ellos un 20% se considera indigente (cifras del Informe de Salud Pública). La pobreza de los aymaras no se advierte tanto en las calles de La Paz como la de los quechuas. Estos últimos suben desde la porción meridional del país y se dedican a pedir limosna. Su ropa oscura, de bellissimo tejido, resalta entre la muchedumbre del centro, donde madres e hijos piden caridad.

La comercialización de la basura que se vio en México y en las capitales visitadas durante este viaje exploratorio no se da en La Paz: a gente pobre, basura pobre. Ningún objeto comestible o domésticamente reciclable se tira a la basura.

La migración del campo a la ciudad se da en varias etapas, no en una invasión de tipo 'paracaidista' como la que se advierte en México. Esto se debe a la fuerza de organización de la cultura aymara. Cuando una familia emigra a la ciudad, siempre regresa al medio rural para llevar familiares y alimentos. Este proceso continúa hasta que se agotan las fuentes de comida. En este punto, la familia pierde contacto con los parientes del campo y se empieza a presentar un proceso de desintegración familiar parecido al que se observa en los barrios marginales de México. Aun así, solamente se registró un 20% de jefas de familia, y un 80% de familias 'íntactas', esto es, completas. Esto se debe a una sabia costumbre aymara: una pareja vive junta, tiene hijos, los cría y luego de transcurridos unos diez o quince años contrae matrimonio: '¡Porque ya sabemos hacerlo bien, che!'

### *Santiago de Chile*

Es difícil creer que Santiago de Chile esconda pobreza extrema bajo tantos árboles en flor y calles anchas y limpias, pobladas de gente bien vestida y atravesadas por coches importados de lujo. Nada de la miseria urbana tan perceptible en México se advierte aquí. Pese a ello, los habitantes de Santiago insisten en que hay barrios marginados y gente muy pobre. La virtual invisibilidad de las poblaciones marginales tiene que ver, en parte, con la circunstancia de que la sociedad de Santiago está altamente organizada en redes de protección que amortiguan un poco los golpes económicos que el país ha padecido ahora y durante los años de la dictadura. ¿Por qué está tan organizada la sociedad chilena?, ¿por qué la gente se ayuda tanto entre sí? Por supuesto, es impensable suponer que

el fenómeno se dio ‘‘gracias a la dictadura’’, porque uni3 a la gente contra un enemigo com3n.

‘‘Las organizaciones populares exist3an antes del gobierno anterior’’, dice Rosa Nieves, una elocuente enfermera, miembro de un grupo de mujeres que maneja un comedor popular para ni3os en alto riesgo.

Dos hechos deben traerse a colaci3n aqu3: los chilenos hablan siempre de los a3os de gobierno del general Pinochet como ‘‘los del gobierno anterior’’, en vez de referirse a ellos como ‘‘los de la dictadura’’. 3Ser3 acaso que el presente r3gimen no es tan distinto al ‘‘anterior’’, con un omnipresente general Pinochet? 3O tal vez que la palabra ‘‘dictadura’’ resulta demasiado dolorosa para un pueblo que ha sufrido tanto?

El segundo aspecto importante se relaciona m3s con los problemas de marginaci3n. Adem3s de ser enfermera y miembro de la referida organizaci3n de mujeres, Rosa Nieves pertenece a un nivel econ3mico que podr3a designarse con propiedad como ‘‘clase media empobrecida’’. Es culta; su marido, maestro de escuela, escribe libros y art3culos que denuncian los problemas de las poblaciones marginadas. La pareja reside en una poblaci3n, es decir, un barrio en las afueras de Santiago, denominado ‘‘Villa Kennedy’’. Los habitantes de esta zona se definen como ‘‘pobres’’, pero es dif3cil clasificarlos como tales, a pesar de que vivan en hogares humildes, cuando uno ha conocido en M3xico o en R3o de Janeiro el significado del vocablo ‘‘pobre’’. Son representantes de una clase social que, al principio de los ochenta, ten3a coche y casa en un 3rea m3s rica de Santiago. Mi apellido y mis m3ltiples acentos al hablar les llamaron la atenci3n, sobre lo que observaron: ‘‘¡Por Dios! ¡Qu3 problemas de identidad debe tener usted! 3Por qu3 no se analiza?’’.

Al o3r tal cosa, uno se pregunta qu3 quiere decir ‘‘pobre’’ en Chile...

Junto con otros ocho profesionales, Rosa Nieves y su esposo manejan el Centro de Prevenci3n y Salud Mental Esperanza, establecido en 1986 con fondos de ‘‘Caritas Neerl3ndica’’.

Despu3s de haber investigado el barrio marginal de Santa 3rsula, en M3xico (Bar Din, en prensa), es bastante dif3cil ver en ‘‘Villa Kennedy’’ su contraparte chilena.

Entonces 3d3nde vive la gente para la que el Centro Esperanza organiza talleres y comedores populares? 3D3nde est3 pues la poblaci3n que el Centro cuida con tanta dedicaci3n? 3Hay gente m3s



pobre que los habitantes de "Villa Kennedy" o "Villa Francia"? Sí, sí la hay. Vive alrededor del basurero municipal. El basurero se puede oler mucho antes de que se le avizore, especialmente en un cálido día de noviembre, al fin de la primavera del hemisferio sur. Cuando me quejé de la hediondez mis compañeros apuntaron que en el verano la situación es mucho peor. Entre diciembre y enero las condiciones pueden ser tan malas que la gente se desmaya y se enferma al respirar los gases que emanan del basurero. Y cada año hay muertos por efecto de los miasmas del muladar.

¿Por qué alguien querría levantar su casa tan cerca de un basurero? Hay que decir que los vecinos no construyeron sus viviendas al borde del muladar, sino más bien, que el muladar llegó hasta sus puertas. En 1982 esa área se eligió y se transformó en el basurero común para 14 municipios. Al principio, la situación era tolerable, pero la llegada de desperdicios sin procesar, al ritmo de 1 800 camiones al día, cada uno con capacidad para 12 toneladas, pronto hizo que las cosas tomaran un cariz crítico. La población de Villa Kennedy, Villa Francia y otros barrios que circundan el espacio del muladar no tiene ningún poder político para presionar al gobierno y obligarlo a crear un basurero municipal en algún punto más retirado, más lejano a las comunidades establecidas. Y precisamente por carecer de este poder político, los vecinos siguen enfermándose y viendo crecer el muladar. Asimismo, el lugar ha atraído a un nuevo tipo de población que no sólo vive del muladar, sino que inclusive vive en él. Esta gente selecciona o pepena los desechos por categorías y los vende. Las viviendas que rodean al basurero tienen un aspecto de deterioro tal que a veces inclusive llegan a parecerse a las de Santa Úrsula, México: surgieron los techos de lámina, precariamente colocados sobre muros improvisados. En torno a estos verdaderos cobertizos hay perros y pollos, que también viven de los desperdicios.

Rina Rojas es una joven vecina. Su compañero, Carlos Duque, es miembro de un club de alcohólicos rehabilitados; Rina lo apoya fielmente en su compromiso. Ella misma tomó el curso sobre alcoholismo para recibirse de monitora y ahora pertenece a la comisión de rescate del club. Rina se dedica también al "negocio" de la basura, según se describe en el siguiente interrogatorio:

¿Cuál es tu nombre?

— Rina Rojas.

—¿Qué edad tienes?

—36.

—¿Desde cuándo trabajas en el basural?

—Desde hace unos cinco meses, en la noche.

—¿Por qué fueron a trabajar ahí?

—Primero fui con mi hijo, que va a cumplir 20 años. Después me llevé a mi otro hijo y empecé a trabajar con los dos hijos más grandes. Después llevé a la niña. Ella empezó a ir ahí a los 12 años.

—¿Qué recogen ustedes ahí, Rina?

—Papeles, cuadernos, las cajas de detergente de todas clases y cartones.

—¿Eso nada más?

—Eso nada más.

—¿Qué hacen con lo que recogen?

—Lo vamos juntando. Cada dos semanas lo juntamos en la casa y después lo vendemos. Lo limpiamos primero, le sacamos la basura que a veces hay (Morales Herrera, 1989).

Anita, una señora que vive en el barrio desde que se casó hace trece años, esto es, antes de que el basurero creciera, invitó al equipo de investigación a tomar una limonada en su casa. Anita, de 33 años, y su esposo nos recibieron en una cómoda pieza, amueblada con sillones, una gran mesa, televisión y varios aparatos eléctricos, como licuadora y batidora, cuidadosamente guardados. Además de esta amplia habitación, Anita y Juan disponen de dos dormitorios para ellos y para su hijo de once años respectivamente. Hace cuatro años Anita fue intervenida quirúrgicamente por un cáncer de útero. Ahora sufre de fuertes dolores de estómago. Apunta Anita:

—Los médicos dicen que no se me puede operar. Más vale, porque cuando me operaron la primera vez fue horrible. Como soy indigente —Juan ha estado desempleado desde 1988—, no me dieron calmantes en el hospital. No puedo decir que llorara de dolor, más bien bramaba, y no me dieron nada.

—¿Hay un trato discriminatorio hacia los pacientes de escasos recursos?

—Más que discriminatorio es humillante, y a veces inhumano. No debemos interrumpir al doctor para pedirle explicaciones. Si lo hacemos —como fue mi caso— ponen una cruz roja en el carnet del paciente. Eso significa "paciente difícil" y se le trata peor.

—¿Hay servicios médicos para la gente de escasos recursos?

—Sí, los hay, pero sin calidad humana, sin respeto. La realidad es que no hay dinero para nosotros y creo que los médicos se sienten muy frustrados por tener que atendernos sin recursos, sin medios, de ahí viene el trato duro.

Anita ha terminado la secundaria, "pero con estos dolores permanentes en el estómago, abandoné mis planes de estudiar para recibirme de enfermera".

Tal vez sea mejor así; la cara de Anita tiene ya la marca del cáncer que le está carcomiendo el estómago. Si estudiase medicina se pecaría de que no le queda mucho más de un año de vida...

A pesar de su fatiga, de sus ojos hundidos y de sus oscuras ojeras, Anita sigue trabajando en un comedor popular para niños huérfanos.

A su esposo Juan le faltan dos años para terminar la secundaria: "¿Planea usted seguir estudiando cuando concluya su secundaria?" "Me gustaría mucho estudiar ingeniería, pero todo va a depender de cómo vayan las cosas..." —responde Juan echando una rápida mirada de angustia a su esposa.

Cuando Juanito, su hijo de once años, entra a la habitación, Anita lo abraza con fuerza, mientras el chico recibe un vaso de limonada de manos de su padre. Una familia humilde, pero unida y educada. Son los marginados de Santiago, los que viven a la orilla de un gigantesco muladar y que, no obstante, disponen de agua potable en el grifo de la cocina, de luz eléctrica y drenaje. Aquí "pobreza" es un término relativo...

Con el equipo de investigación se visitó un centro popular ubicado en un pueblo al pie de la cordillera. Allí, hay médicos, psicólogos, trabajadores sociales que regalan su tiempo para atender a los vecinos de un barrio de escasos recursos. Inclusive un abogado cedía gratuitamente su tiempo en una sala de espera, enseñando a los pacientes a relajarse mientras esperaban su turno, y esto lo hizo tan bien que dos niños que habían llorado mucho se durmieron. Después de la sesión de relajamiento, empezó una especie de terapia de grupo manejada por la psicóloga y por una de las trabajadoras sociales (que, por cierto, habían cursado una carrera universitaria de cinco años para obtener sus títulos). El tema del día era el alcoholismo, un problema bastante grave entre los estratos más pobres de la población. Hombres y mujeres exponían sus problemas ante el grupo, en forma de discusión general. Una señora de largas trenzas negras y cara redonda de facciones asiáticas declaró que golpeaba a su hijo de 19 años cada vez que regresaba a casa "tomado". Fue severamente criticada por otros miembros del grupo.

—El alcoholismo es una enfermedad, no se le pega a un enfermo.

- Entonces ¿qué debo hacer? —preguntó la mujer de las trenzas.  
 —Hay que hablar con él, explicarle el daño que se está haciendo.

La discusión se prolongó, en tanto yo interrogaba a una compañera del equipo sobre la población indígena de Chile. “No hay” contestó ella. “¿No hay? ¿Y esa mujer de las trenzas largas qué es?... ¿inglesa?” “¿Ella?, Sí... puede que sea de ascendencia mapuche...”.

Quedé muy sorprendida, la mujer en cuestión tenía rasgos indígenas de los más puros y hermosos.

- ¿Cuántos ‘descendientes’ de mapuches hay en Santiago?  
 —Oh, pocos. Unos 10 000 tal vez. Por lo general —si es que aún hay mapuches en Chile— viven en el sur, donde hace mucho frío.  
 —¿Por qué? ¿No son bienvenidos en los climas más templados?  
 —Claro que sí, si lo desean pueden venir, pero en general no quieren venir al norte. No hay muchas oportunidades de empleo para ellos, son analfabetos.  
 —¿Y no sería una buena idea crear centros de alfabetización para ellos?  
 —Los hay, los alfabetizamos, pero no dan para mucho más que para trabajos domésticos.

Como no era conveniente acusar a mi colaboradora de racismo, no investigué más allá sobre la suerte de los invisibles mapuches de Santiago.

Desgraciadamente, no soy la única persona que advirtió la existencia de esta variante de colonialismo interno que permea todos los niveles sociales y hasta las posiciones ideológicas en Chile. Lipschütz escribió acerca de la falsificación de las estadísticas sociales en Chile, que borran la existencia de las poblaciones indígenas del país. A este respecto, afirma González Casanova:

El afán de ocultar a la población indígena es claro en el caso de Chile. ‘Oficialmente, somos casi todos blancos’, decía Lipschütz en 1944 (Lipschütz, 1944, p. 47), y afirmaba que los indios y mestizos eran en realidad más del setenta y cinco por ciento de la población. Pensaba en las características raciales de la población chilena (González Casanova, 1979).

Esto es muy triste. Los mapuches son, obviamente, los verdaderos marginados en Chile, pero habría que ir hasta la Tierra del Fuego para trabajar con ellos. Ahora, al escribir estas líneas, no puedo evitar experimentar un cierto desprecio hacia este país, maravillosamente europeo, maravillosamente culto, pero capaz de

comportarse tan mal como los franceses en Argelia, o los ingleses en Irlanda. Esta conducta racista explica por qué la gente más pobre y marginada de Chile tiene un promedio educacional que alcanza el segundo año de escuela secundaria.

### *Montevideo*

DESPUÉS de un aterrizaje espectacular al lado del Río de la Plata y de un rápido trayecto al hotel, la población marginada de Montevideo se hizo oír de inmediato. Tanto como la marginación de Santiago deja una memoria olfativa, la de Montevideo le deja a uno un recuerdo de sonidos: los rápidos trotes de los caballos sobre el asfalto de las calles principales. Al escucharlos, uno se asoma a la ventana para ver un carrito, lleno de niños y bolsas de basura; algunos de los "pasajeros" van dormidos, otros clasifican la basura sobre la marcha. El cochero puede ser, indistintamente, hombre o mujer. Estos carritos de basura pasan tan a menudo que para mí Montevideo es el trote rítmico y el sonido de los cascos de los caballos sobre la calle.

¿A dónde van estos carritos con su cargamento? Hay pocos barrios marginados en las inmediaciones de la capital. En realidad, todos estos recogedores de basura viven en una ciudad marginada, Piedras, que dista 25 kilómetros de Montevideo. Esta ciudad, o mejor dicho, este barrio tiene el típico aspecto de la marginación urbana: casuchas de techos de lámina, muros precarios de mezcla de cartón y ladrillos. Desde 1980 el índice de deserción escolar en estos barrios marginados ha ido en aumento. La supervivencia familiar depende del trabajo infantil. Aun así, con la mayor parte de la familia dedicada a distintas modalidades de subempleo, el 42% de los niños de la zona urbana de Montevideo crece en la pobreza. Los indicadores de empobrecimiento para Uruguay han aumentado rápidamente durante la década de los ochenta. En 1984 se podía decir que un niño de cada tres se desarrollaba en medio de la pobreza. Esto representaba el 36% de la población infantil. En 1991, las estadísticas indican que un niño de cada dos vive en dicho nivel de pobreza, lo que da la citada tasa porcentual de 42. En los últimos años, se ha duplicado el porcentaje de desempleo. Los trastornos de personalidad advertidos en las poblaciones de bajos recursos son los últimos eslabones de una cadena: primero se presentan las alteraciones sociales, siguen las de las comunidades y al fin las individuales. Los casos de incesto son muy frecuentes.

‘No sabía que no podía hacerlo con mi padrastro. Mi mamá lo hace’, apunta Marbela, una niña embarazada de 12 años.

La estructura familiar se está deshaciendo bajo las presiones de la pobreza. Los ‘roles’ familiares se están perdiendo, de manera parecida a lo que ocurre en México. Los padres no pueden asumir su papel de protectores familiares, las madres trabajan demasiado para ejercer su papel materno, que brinda afecto y cariño a los hijos, en tanto que éstos dejan de ser niños, en edades muy tempranas, para trabajar. Por comparación con México, aquí parece haber más casos de embarazos por incesto (entre miembros de la familia que, por razones culturales, se respetan mutuamente en el mundo entero), aunque tal vez la obtención de esta cifra más elevada obedezca a un mejor nivel de detección y a una mayor atención por parte de los servicios sociales, porque es probable que también en México hermano y hermana o padre e hija procreen juntos. La diferencia con Uruguay tiene que ver con la sociedad en general, que, como en Chile, tiene un nivel de educación muy alto, y la situación de pérdida de ‘roles’ dentro de las familias marginadas preocupa a más profesionales de la salud que en México.

La pobreza en Uruguay es también el resultado final de una migración rural masiva hacia las ciudades en los años cincuenta. A principios de la década de los ochenta se presentó otro tipo de migración: la de la población residente en el centro hacia la periferia de la misma ciudad. Así, los obreros empobrecidos invadieron las casas desocupadas por sus antiguos dueños, ya incapaces de mantenerlas. Esta situación aún está vigente, aunque se complica con un tercer tipo de migración simultánea: los desplazamientos múltiples internos, de un sitio a otro de la ciudad. Evidentemente, esto produce una gran inestabilidad social. De nuevo, hay que decir que esta situación no es tan grave como la que se descubre en los barrios marginales mexicanos: en Uruguay casi la mitad de las parejas existentes tienen relaciones estables. Esta cifra no se alcanza, ni remotamente, en Santa Úrsula o en Los Hornos, México, por ejemplo.

Se calcula que un 25% de las familias uruguayas tiene una jefa de familia cuya pareja es variable, en tanto que otro 25% de la población vive en forma ‘transhumante’ con distintos parientes. Esta tendencia va en incremento.

Hay servicios de salud gratuitos para indigentes, pero no se tiene la suficiente capacidad para satisfacer la gran demanda.

En términos de educación, hay en el Uruguay grupos militantes que trabajan, como lo hacía Paulo Freire, con familias de escasos recursos. El Programa de Educación Popular es un ejemplo:

Nuestro país refleja una situación contradictoria. Por una parte, una situación económica crítica y un proyecto político de corte liberal que margina a las mayorías. Por otra parte el comienzo de una gestión municipal (en Montevideo) que intenta mostrar un proyecto alternativo, y que pone a la participación popular como uno de sus ejes (Ferrando, 1991).

Jorge Ferrando es un miembro muy activo en el Programa de Educación Popular y tiene mucho que decir sobre la población ambulante de recolectores de basura.

¿Quiénes son en realidad? Es el cantegriero, o el obrero desocupado, o el campesino que vino a la ciudad; el deficiente físico, el retardado, el niño que abandonó la escuela, la mujer que quiere "juntar un peso para la olla" (*ibid*).

Los "juntapapeles" se sienten libres. "En la calle no tenemos patrón".

En Uruguay, como en Chile, existe un alto nivel de organización civil y popular. Esto nos lleva a la consideración del posible éxito que alcancen estas organizaciones al revisar el caso de Argentina.

*Buenos Aires*

EN la Argentina no vamos a ver tanto cómo es la marginación — muy parecida a lo que hemos presenciado en otros países—, sino más bien, consideraremos un posible plan de solución. Primero, tenemos que saber que de los 35 millones de argentinos, 4 viven en Buenos Aires y 11 en la zona urbana. Esto deja a unos 20 millones de argentinos dispersos en la pampa, tal vez buscándose unos a otros, como los personajes de *Rayuela*, de Julio Cortázar.

Es evidente que una acumulación de unos 15 millones de personas en una gran urbe forzosamente generará situaciones de marginación para algunos de ellos. Adicionalmente, para muchos, las circunstancias se complican por la proximidad del Río de la Plata y la desagradable costumbre de esta inmensa vía fluvial de salirse de curso para inundar las viviendas construidas en su ribera. Estas inundaciones dejan pantanos y, a veces, pequeños ríos que quedan en las partes anegadas cada vez que el agua recobra su nivel normal. Los riachuelos así formados se llenan de escombros y son fuente de

infecciones permanentes para los vecinos, pero también son origen de riqueza, pues lo que dejan las aguas se puede vender; además, el negocio de la basura ha alcanzado un alto índice de organización: los "juntapapeles" argentinos tienen un sindicato. De cualquier manera, la ubicación geográfica de algunos barrios marginados de Buenos Aires determina que mucha gente habite en viviendas precarias, susceptibles de ser arrasadas por las inundaciones en cualquier momento. Por esta causa, los moradores de ellas no se sienten estimulados para mejorar sus casas.

Ante este panorama la Provincia de Buenos Aires echó a andar un "Programa de Reconstrucción de Barrios", con la ayuda económica de fundaciones extranjeras. El concepto central del Programa de Reconstrucción es desarrollar la participación popular y la solidaridad para ayudar a la población a tener una vivienda digna.

El Programa de Reconstrucción de Barrios expresa mejor que otro la participación popular. Se proyecta y construye un nuevo barrio, a partir de una comunidad concreta en un sitio concreto. Sus componentes discuten el proyecto y la secuencia de traslados que ésta exige, con los profesionales, con los funcionarios de la Municipalidad. Entonces existe una obra con destinatarios concretos, que siguen su ejecución, que viven los avatares de ella y que arriban a una vivienda, como conclusión de un proceso y no como una gracia o regalo (Balestieri, 1991).

Este último punto es la clave del éxito del programa de reconstrucción. No se trata de obsequiar nuevas viviendas a los pobladores, sino de darles las herramientas y la capacitación necesarias para que ellos mismos edifiquen sus hogares. No se trata, por ejemplo, como en un caso observado en Cochabamba, Bolivia, de regalar Vitamina A a manos llenas a un pueblo que no manifiesta esa demanda, que jamás ha pedido semejante cosa, y que ni siquiera sabía padecer tal carencia.

En cambio, en cuanto al Programa de Reconstrucción de Barrios, la demanda popular era fuerte y perentoria, y el programa respondió a ella de manera muy adecuada.

La gran mayoría de los habitantes de "villas miseria" ha sufrido un proceso de migración con la consecuente ruptura de la red social de pertenencia. La tarea realizada a lo largo de los años nos permitió comprobar que el rearmado de la misma se basa fundamentalmente en la inserción activa y protagónica en la organización barrial. Esta participación tiene proyecciones inimaginables



tanto sobre el grupo familiar como sobre la propia organización intermedia (Dabas, inédito).

Una de las "proyecciones inimaginables" es la recuperación de la dignidad humana para los pobladores que construyen sus propias casas. Eso es algo extremadamente importante para gente que había perdido todo contacto con su red de apoyo social a través de la migración rural a la urbe. Sluzki define esta red social de apoyo como "... la suma de todas las relaciones que un individuo percibe como personalmente relevantes". Al perder estas redes, el individuo pierde su propio reconocimiento como "individuo-persona".

La pérdida de la red social abre el camino a la marginación y a la pérdida del empleo estable. Castel propone una situación juntando dos ejes: el primero tiene como situación máxima deseable un empleo estable y como situación pésima el desempleo. El otro eje tiene en su punto máximo una red de proximidad estable y en su punto contrario el aislamiento social. En el punto de intersección de los ejes —empleo estable y red de proximidad social— Castel ve una situación de buena integración social. Los dos extremos opuestos definen la condición de marginalidad: desempleo y aislamiento social (Castel 1991). A este punto llega mucha gente luego de una migración obligada.

"Después de soportar inundaciones, incendios, la gente ya no quiere hacer más nada. Acaba dándole lo mismo tener un basural en frente de la casa que tener asfalto" (Ricardo R., vecino de la Villa San Fernando, Buenos Aires, en Dabas, E., *op. cit.*).

Encontré a este mismo Ricardo hace tres semanas, ya viviendo en la casa que el Programa de Reconstrucción le había permitido construir, y ayudando a los vecinos a terminar otras. Cuando habló con la licenciada Dabas, había tocado el fondo de la desafiliación y el empobrecimiento, era un ser marginado. Lo vi dos años después de eso, primero en un encuentro, "El espacio institucional", hablando de tú a tú con especialistas en sociología y psicología, vestido con corbata y luciendo una magnífica dentadura. Lo vi más adelante, sin corbata —haciendo mezcla— y también sin dientes.

—Ricardo, disculpe, lo estaba confundiendo con otro señor que tenía unos dientes... pues, fantásticos...

—No —contestó Ricardo riéndose— soy yo, solamente que me quité los postizos. Me duelen horrores. Los uso para ocasiones.

Ricardo ya no era un ser marginado. Había podido mandar a buscar a su compañera que había tenido que dejar dedicada al servicio doméstico. Y no solamente había reconstruido su casa, sino también una red social estable. Parece milagroso ¿sería así de fácil suprimir la marginalidad?

Ricardo no es el único ex marginado que se encuentra inscrito en el Programa de Reconstrucción. Junto con él trabajan otros vecinos cuyas vidas parecen haberse transformado de la misma manera.

Al otro lado de la calle estaban las casas de los pobladores que aún aguardan la llegada del material para la reconstrucción. Las casuchas donde viven se parecen mucho a los "cuartos redondos" de Santa Úrsula, México. Hay el mismo desorden, las mismas aguas negras frente a la "cortina" de entrada (las puertas son un lujo del futuro). Niños llorando, madres exacerbadas, cubetas de agua sucia arrojadas a la calle, todos los ruidos de la pobreza. Del lado reconstruido, Fernanda está colgando verdaderas cortinas en sus ventanas. Admiro un rosal al lado de la puerta de entrada.

"Sí, se da muy bien acá. El pobre ha sobrevivido tres trasplantes, como nosotros, pero aquí se va a quedar". Dentro de la casa, otra mujer está bañando a un niño. Fernanda la presenta. "Es mi vecina, Rosa, me viene a ayudar porque... estoy muy llorona desde que llegamos a vivir en nuestra casa. No sé. Ya no hay tensiones, todo está resuelto ¡y yo lloro!".

Fernanda es la compañera del líder barrial que ayudó a la instauración del Programa de Reconstrucción. Tuvo que enfrentar las sospechas de la gente de su calle, a quienes se había prometido tanto, tantas veces, sin cumplir. Fernanda sufre una descompensación después de la lucha de la comunidad.

"La responsabilidad social surge en los individuos cuando éstos se sienten parte de una comunidad", dice Carlos Sluzki en una carta a Elina Dabas, coordinadora del área de Capacitación del Programa. Luego, Sluzki se pregunta: "¿Cómo se pueden organizar comunidades que favorezcan la inserción de los individuos en la comunidad como antídoto de la alienación/anomía/delinuencia?, en los casos en que ese fenómeno ocurre, ¿cómo se da esa inserción? ¿Cuál es el proceso, cuál es la historia natural?" Las respuestas a las preguntas del doctor Sluzki se encontraron en un estudio profundo y una réplica del Programa de Reconstrucción. Desde su ejecución en Villa San Fernando, la delincuencia y la desorganización familiar han disminuido sensiblemente.

Este proyecto y sus éxitos fueron las únicas "buenas noticias" encontradas en esta gira de observación de la marginación en

América Latina. Parece que, una vez más, Argentina está generando ideas y posiciones novedosas que el resto de América Latina puede reproducir. Si esto no constituye una promesa para erradicar la marginación, al menos es un impresionante paso hacia adelante. Y solamente consiste en devolverle a la gente su dignidad.

Es tan bueno ver cómo vamos creciendo en la organización barrial. Si va uno al municipio es como que van todos. Si uno se decae, hay alguien que lo levanta. Para mí es sobresalir, no por ser el mejor, sino por poder sacar la cabeza del pozo para ver lo que hay arriba (Ricardo, en Dąbas, *op. cit.*).

En lo personal, cabe decir que mi entusiasmo por el Programa de Reconstrucción realizado en Buenos Aires tiene que ver con el hecho de que logré sentar las bases de tres programas similares en varias ciudades de América Latina. Todos los proyectos surgen de las comunidades, y todos son respuestas a demandas populares, igualmente, todos funcionarán a través de organizaciones barriales encabezadas por dirigentes populares ya capacitados y, a su vez, en posibilidad de capacitar a otras personas de la comunidad. Por ejemplo, en Santiago de Chile se va a organizar y a echar a andar un programa de rehabilitación de alcohólicos para que trabajen con jóvenes en estado de alta vulnerabilidad de caer en la zona de "desafiliación y aislamiento" descrita por Castel. Por lo pronto, se planea capacitar algunos alcohólicos para que se conviertan en instructores de jóvenes en karate, teatro y pintura, tres actividades de gran demanda en los barrios de bajos recursos en las afueras de Santiago.

En Montevideo, mediante el uso de las mismas técnicas, se establecerá un lugar donde enfermeras y psicólogos puedan capacitar a miembros de la comunidad para que atiendan niñas embarazadas. En Bolivia se va a organizar, en Cusicancha, a un costado de El Alto, lo que la comunidad ya da en llamar una *Jacha Uru*, o casa grande, donde se darán cursos de alfabetización en aymara y castellano a las mujeres analfabetas y a los niños que han abandonado la escuela, así como talleres de artesanías para quien desee aprender un oficio con ayuda de miembros de la comunidad previamente adiestrados.

Todas estas actividades tienen como meta real incidir en la estructura familiar para mejorarla desde un punto de vista psicológico. Se ha visto, gracias al Programa de Reconstrucción de Villa San Fernando en Buenos Aires, qué es justamente lo que ocurre: los miembros, a veces dispersos, de la familia se reúnen para formar una nueva "red de proximidad" y pueden asumir sus "roles"

con una nueva confianza en sí mismos, un nuevo autorrespeto y una nueva eficiencia.

## BIBLIOGRAFÍA

- Bastieri, Oscar, "La política de viviendas: el camino hacia una sociedad justa y solidaria", Buenos Aires, Gobierno del Pueblo de la Provincia de Buenos Aires, Ministerio de Obras y Servicios Públicos, 1991.
- Castel, R., "La dinámica de los procesos de marginalización", en: *Revista Topia* (Buenos Aires) año 1, núm. 2, agosto 1991.
- Dabas, Elina, "Construyendo territorios" (texto inédito).
- Ferrando, Jorge, *Pensando en la educación popular*, Montevideo, Nordam Comunidad, 1991 (*Sin fronteras*).
- González Casanova, Pablo, "Indios y negros en América Latina", *Latinoamérica. Cuadernos de Cultura Latinoamericana*, UNAM, México, núm. 97, 1979.
- Lipschütz, A., *El indoamericanismo y el problema racial en las Américas*, Santiago de Chile, Nacimiento, 1944.
- Morales Herrera, L., *Voces de Chuchunco*, Santiago de Chile, Centro Esperanza, 1989.
- Sluzki, Carlos, "Disrupción de la red y reconstrucción de la red en el proceso de migración", en *Revista sistemas familiares* (Buenos Aires) año 6, núm. 2, agosto 1990.